



Foto de Leslie B. Williams

Miremos en el espejo

3 de mayo de 2010

Intervención del Secretario de Educación ante el Congreso de Madres sobre la Educación y el Aprendizaje patrocinado por la revista Parenting

Gracias por esa gentil presentación, Sr. Presidente DeGioia—y gracias a la revista *Parenting* no sólo por auspiciar este evento especial sino también por rendir tributo a la importancia vital que tiene la participación de los padres en las escuelas de nuestro país.

Permítanme comenzar con una breve anécdota del Presidente Obama. El pasado otoño, el Presidente se encontraba de visita en Corea del Sur, donde almorzaba con el presidente surcoreano Lee. El Presidente Obama sabía que la economía de Corea del Sur se había expandido a un ritmo acelerado en las últimas décadas. Así que le preguntó al Presidente Lee, “¿Cuál es el mayor reto que tiene usted en la educación?”

Sin vacilar, el Presidente Lee respondió: “El mayor reto que tengo es que los padres son demasiado exigentes”.

Bueno, cuando el Presidente cuenta esa anécdota, a menudo produce risitas. Pero pienso que el comentario del Presidente Lee es revelador. Él no exageraba. Corea del Sur se ha visto obligada a importar millares de profesores de idiomas extranjeros porque todos los padres, hasta los que no tienen dónde caerse muertos, insisten en que sus hijos tienen que comenzar a aprender el inglés desde la escuela primaria para poder tener éxito.

Pienso que todos reconocemos por qué esa historia hace reír a los norteamericanos—y tal vez hasta fruncir el entrecejo un poco. Nosotros no podemos decir que nuestro mayor reto en la educación es que todos los padres exigen insistentemente la excelencia en las escuelas. El reto que enfrenta Corea del Sur es, francamente, uno que me encantaría tener acá.

Y sin embargo creo que todos también estaríamos de acuerdo en que los norteamericanos creen firmemente que la buena crianza de los hijos y la participación de la familia en la escuela son indispensables para que los hijos florezcan y realicen sus sueños. Los extraordinarios logros de las madres presentes en este Congreso son testimonio de esa creencia.

De modo que existe una paradoja cuando se habla del compromiso de la familia con las escuelas, y se trata de lo siguiente: los norteamericanos celebran la buena crianza y educación y la participación de la familia en las escuelas, pero consideran que los padres desatienden muy a menudo sus responsabilidades.

Tomando una metáfora del consultor educativo Rick DuFour, los padres y los educadores han estado mirando por la ventana en vez de mirarse en el espejo. La participación insuficiente de los padres se considera como el problema de los hijos ajenos—no de los propios.

... [E]xiste una paradoja cuando se habla del compromiso de la familia con las escuelas, y se trata de lo siguiente: los norteamericanos celebran la buena crianza y educación y la participación de la familia en las escuelas, pero consideran que los padres desatienden muy a menudo sus responsabilidades. ... [L]os padres y los educadores han estado mirando por la ventana en vez de mirarse en el espejo. La participación insuficiente de los padres se considera como el problema de los hijos ajenos—no de los propios.

Con el debate en torno a la participación de los padres, me viene a la memoria una historia que a Warren Buffett le gusta contar sobre un hombre recién llegado a un pueblo. Este forastero sale a la plaza del pueblo donde ve a un hombre sentado en un escalón leyendo un periódico, junto a un perro pastor alemán de aspecto bravo.

El recién llegado le pregunta al hombre: “¿Muerde su perro?” El hombre responde, “No”.

Así el recién llegado extiende la mano para acariciar al perro—para que repentinamente el perro se lanza hacia él y le arranque y haga trizas a la manga de su abrigo.

“¿No me dijo que su perro no mordía!” dice. El hombre del escalón aparta la vista del periódico para mirarle y le dice: “En efecto. *Este* no es mi perro”.

Me presento ante ustedes hoy para decirles que hay que dejar de abordar el tema de la participación de la familia como si no fuera nuestro perro.

Una de las más difundidas conclusiones de un estudio sobre la educación es que los padres tienen un buen concepto de la escuela de su hijo. Pero, al mismo tiempo, opinan que las escuelas públicas en general no son tan buenas como deberían ser.

Las dos visiones de la educación son evidentes cuando se pregunta a los norteamericanos sobre la crianza de sus hijos y la participación de la familia en la escuela. Una mayoría abrumadora de los padres dice que su propia capacidad de criar sus hijos es sólida y que participan activamente en la escuela de su hijo. Pero también están convencidos de que otros padres fracasan en esta labor. Consideran que otros padres ayudan muy poco con la tarea escolar, no disciplinan a sus hijos, o dejan solos a sus hijos demasiado frecuentemente fuera de las horas de clase.

Esta disonancia cognitiva viene preocupando a los reformadores de la educación de ambos partidos políticos desde hace muchos años porque genera una insidiosa parálisis en la vida cívica. La mayoría de los padres piensa que sus propias escuelas y compromiso familiar están bien, con lo cual se fomenta una autocomplacencia respecto a los retos que enfrentan en su propio hogar y comunidad. Pero los retos que existen en otras escuelas a menudo parecen demasiado distantes o abrumadores para abordar.

Lamar Alexander, mi buen amigo y antecesor en mi cargo durante el gobierno del primer Presidente Bush, una vez lamentó que esta mentalidad de que ‘yo sí estoy bien pero tú no’ era “el obstáculo principal a todo lo que estamos tratando de hacer. Demasiadas personas dicen ... ‘Las escuelas son malas, pero mi escuela es buena. Lamento que saquen bajos puntajes en los exámenes de matemática pero a mi Juanito le va bien’”.

Como señala Rick DuFour, cuando los educadores y los padres se miran en el espejo, se ven obligados a elaborar una lista de las acciones que ellos mismos pueden tomar para mejorar las escuelas y apoyar mejor a sus hijos.

Cuando miran por la ventana para ver a los demás, adoptan un enfoque a la reforma que depende de las acciones de los demás—es decir, una actitud de que solo se podría remediar la situación de nuestros hijos si los



demás tomaran acciones para ser mejores padres, maestros y directores de escuela.

El hecho es que casi todo padre de familia, cualquiera que sea su raza, clase social, o código postal, desea lo mejor para sus hijos. Pero ¿cómo pueden los padres determinar si su escuela está cumpliendo bien con la función de enseñar a su hijo? Soy muy partidario de analizar los datos para seguir de cerca los resultados. Pero, para mi, la prueba de fuego es personal.

Las buenas escuelas no sólo comprometen a los padres sino a toda la comunidad de alrededor. Cuando yo era el Director Ejecutivo de las Escuelas Públicas de Chicago, se podía entrar en una escuela y a los 5 minutos darse cuenta de lo que sucedía y hacerse una idea de la cultura de la escuela.

Tengo una hija de 8 años y un hijo de 6 años. Y si entro en una escuela y me da la impresión de ser lo suficientemente buena para mis hijos, entonces pienso que es una buena escuela. Si no es lo suficientemente buena para mis hijos, entonces es una escuela que necesita mejoras. En la educación, ya durante demasiado tiempo, hemos creado escuelas que son lo bastante buenas para los hijos ajenos pero no para los nuestros. Y, por eso, esta cuestión ya debe ser personal. Si no, simplemente vamos a perpetuar el estatus quo.

El Presidente Obama señala que todos los programas educativos innovadores y las mejores oportunidades que

el gobierno está brindando “en sí, no tendrán un efecto positivo si cada uno de nosotros, como padres de familia y como líderes comunitarios, no cumplimos con nuestro deber al promover la excelencia en nuestros hijos”.

Aprendí de mis padres el compromiso de la familia en las escuelas. En 1961, varios años antes que yo naciera, un pastor religioso del vecindario en el South Side de Chicago le pidió a mi madre que enseñara clases de estudio bíblico a un grupo de niñas de 9 años. El grupo contaba con un solo ejemplar de la Biblia, y mi madre suponía que cada niña leería unas oraciones y luego pasaría la biblia a la siguiente niña para seguir leyendo. Mi madre se horrorizó al descubrir que ni una de sus alumnas sabía leer.

Ella decidió tomar acción al respecto—y creó en junio de 1961 un programa gratuito de tutoría que se realizaba después de las horas de clase. Hace medio siglo, los programas de tutoría no eran comunes en Chicago. De hecho, mi madre no consiguió que ninguna escuela permitiera que el programa se instalara en su local porque las escuelas de Chicago cerraban a las 2:30 de la tarde. De modo que ella estrenó su primer programa de instrucción extracurricular en el sótano de una iglesia en un barrio pobre del South Side de Chicago. Y seguíamos en uno u otro sótano de iglesia a lo largo de los siguientes 40 años.

Desde que mi hermano, mi hermana y yo nacimos, todos íbamos al programa de mi madre después de las horas de clase todos los días. Cuando éramos pequeños, los alumnos mayores eran los tutores de los alumnos menores y al crecer, nosotros pasábamos a ser los tutores de los alumnos más jóvenes. Su filosofía era que todos deberían enseñar y aprender al mismo tiempo. Después de haber terminado nuestros estudios y quehaceres de la casa, jugábamos al basquetbol juntos. Todo el mundo sabía que nuestro programa era un refugio seguro donde los niños recibían atención y cariño, respeto y donde se enseñaba a distinguir entre el bien y el mal.

De la esquina de la calle 46 con la Greenwood, salieron algunos sorprendentes éxitos ejemplares. El joven Kerrie Holley, quien fue tutor de mi grupo cuando crecíamos, hoy es ingeniero de IBM, distinguido como uno de los 50 científicos investigadores negros más importantes del país. Otro estudiante llegó a ser neurocirujano. Michael Clarke Duncan siguió sus sueños hasta Hollywood, donde protagonizó “The Green Mile”. Ron Raglin



llegó con el tiempo a ayudarme a administrar las escuelas públicas de Chicago.

En esos sótanos de iglesia aprendí que un programa de tutoría de alta calidad puede ser algo bueno. Pero un programa de tutoría de alta calidad dirigido por adultos de buenos sentimientos es una maravilla. Puede literalmente ayudar a transformar las vidas.

Los padres siempre serán los primeros y más importantes maestros de sus hijos. Y la crianza es el trabajo más importante que emprenden todos los padres. No hay otra actividad en nuestra vida que conlleve el mismo grado de responsabilidad o influencia.

Pero la educación de un hijo también requiere dedicados y talentosos directores, maestros y orientadores de escuela. Requiere organizaciones sin ánimos de lucro que dan oportunidades para el recreo; requiere agencias gubernamentales que prestan servicios de atención en salud y orientación personal; requiere mentores de la comunidad y las iglesias que enseñan a los niños las virtudes de las artes, las ciencias y el servicio a la comunidad, el liderazgo, y la autodisciplina. Y, sí, requiere programas de alta calidad de educación infantil e instrucción fuera de las horas de clase.

Bueno, salvo mi hermano, mi hermana, y yo, todos los estudiantes del programa de tutoría de mi madre eran afroamericanos. A pesar de las dificultades que ellos enfrentaban al criarse en un vecindario violento, mis

compañeros del programa de tutoría simplemente querían una oportunidad de tener éxito. Ver la extraordinaria potencialidad que tiene todo niño y toda niña, a pesar de dónde vienen—eso es lo que aprendí del trabajo de mi madre, y eso es lo que me motiva hoy. No podemos dejar que ningún niño se nos vaya de la mano, pese a lo que sucede en su casa, pese a los obstáculos que enfrentan para poder triunfar. La pobreza no es el destino.

Mi visión para el compromiso de la familia es ambiciosa. Como señalé anteriormente, me gustaría tener el problema del Presidente Lee. Que fueran demasiados los padres de familia que exigieran la excelencia en sus escuelas. Que todos los padres fueran verdaderos aliados en la educación con los maestros de sus hijos, desde la cuna hasta su carrera. En esta alianza, los estudiantes y los padres deben sentirse conectados, y los maestros deben sentirse apoyados.

Los padres pueden desempeñar al menos uno de tres papeles: El de aliados en el aprendizaje, el de promotores y asesores que propulsan las mejoras en las escuelas, y el de tomadores de decisiones que eligen las mejores opciones educativas para sus hijos.

Cuando los padres exigen el cambio y mejores opciones para sus hijos, se convierten en los verdaderos garantes de la responsabilidad de los resultados en el sistema educativo. Los padres disponen hoy de más opciones que nunca, desde las escuelas virtuales hasta las escuelas

charter y las academias vocacionales. Y nuestras escuelas requieren padres dotados de todos los recursos posibles.

Es necesario que los padres expresen sus opiniones y propulsen el cambio en las escuelas de bajo rendimiento crónico donde los estudiantes reciben una educación inferior. Con el apoyo de los padres, esas escuelas con dificultades necesitan reformarse ahora—no mañana—porque los niños y los jóvenes no tienen más que una oportunidad en la educación.

Algunas veces puede ser difícil para los padres prever un futuro mejor, pero no siempre. De hecho, contamos con extraordinarios padres líderes en todas partes del país. Conocí el viernes en Texas a una de ellos, Marina Mendoza, quien se niega a aceptar excusas para sus hijos y para su escuela.

Ella exigió que la escuela se reformara totalmente e hiciera lo necesario para dar a sus hijos la educación que necesitan y merecen. Hace sólo dos años, a duras penas y con cambios difíciles, esa escuela se reformó en efecto. Hoy, esa escuela es un modelo de la reforma de la que todas las escuelas pueden aprender. Y la Sra. Mendoza es una heroína quien nos muestra a todos lo que significa realmente el poder de los padres. Ese es el poder que necesitamos aprovechar si es que vamos a transformar la educación pública en los Estados Unidos de América.

Bueno, el compromiso de los padres es una calle de doble sentido. Los padres pierden interés, en parte, porque las escuelas a veces no son abiertas a sus aportes, con lo cual los padres se sienten intimidados para hacerse oír. A menudo, los padres sólo vienen a la escuela cuando hay un problema—en vez de estar en contacto con regularidad para seguir el progreso de los estudiantes.

Un buen programa de compromiso de los padres y la familia elimina los obstáculos que enfrentan los padres—y les alienta a ser un buen modelo para sus hijos.

En las comunidades donde los adultos necesitan aprender a leer y escribir y hablar mejor [el inglés], un mayor número de escuelas deberían realizar programas de alfabetización familiar en los cuales las clases de educación de adultos se ofrecen fuera de las horas hábiles, con facilidades de transporte y cuidado de los niños para que los estudiantes puedan estudiar con sus padres en la escuela también. Cuando ningún miembro de la familia ha hecho estudios universitarios, los maestros y los directores de escuela secundaria media y superior

tienen que dar orientación y consejos sobre las materias y la instrucción necesarias para que los estudiantes estén preparados para estudiar en la universidad. Las familias deberían empezar a visitar los campus universitarios desde que los estudiantes entran en la escuela secundaria.

Desde mi niñez, ha cambiado la naturaleza de la participación de los padres en la escuela. En la actualidad, existe un mayor número de padres y madres solteros, y un menor número de familias en que la madre se dedica exclusivamente a ser ama de casa. Algunos padres trabajan en dos, o hasta tres empleos, para poder salir adelante económicamente o buscan nuevo empleo desesperadamente para mantener a su familia luego de ser despedido de su trabajo. El mercado laboral de hoy es duro.

Tuve la buena fortuna de criarme en una familia de padres con buena formación académica quienes nos leían cada noche. Pero no todos los padres se criaron en familias de clase media donde iban adquiriendo sobre la marcha los conocimientos relativos a cómo apoyar el aprendizaje de los estudiantes.

Las escuelas tienen que ser un lugar en donde se honran y se respetan las familias y donde se adapta a la situación de los padres—aunque esto implique que el maestro le da al padre el número de su teléfono móvil para contestar preguntas de noche y responder a una llamada de una madre soltera que no pudo asistir a la consulta entre padre y maestro porque tenía que trabajar a esa hora. Lamentablemente, todavía les falta a demasiadas escuelas ese tipo de apoyo y compromiso mutuo.

Los esfuerzos de las escuelas para reducir la obesidad infantil y juvenil son igualmente irregulares. Como la Primera Dama Michelle Obama ha dicho sobre la obesidad infantil, “Nuestros hijos no se hicieron esto solos”. Señala que “nuestros hijos no deciden lo que se sirve en el comedor de la escuela o si hay tiempo para la clase de educación física o el recreo. Nuestros hijos no eligen elaborar productos alimentarios con toneladas de azúcar y sodio en megaporciones—y luego mandar venderles esos productos en todas partes”.

Nos queda un largo camino que recorrer antes que todas las escuelas apoyen el aprendizaje y el desarrollo saludable de los estudiantes. Pero los padres tampoco se libran aquí de esta alianza entre las escuelas y las familias.

El Presidente Obama invita con frecuencia a los padres a apagar la tele y el Xbox. Pero demasiados padres piensan

que las advertencias sobre el efecto negativo del excesivo uso de los medios electrónicos no son para ellos sino para otros padres. Yo discrepo en los términos más enérgicos.

A principios de este año, la Fundación Kaiser Family dio a conocer un estudio que indicaba que el uso excesivo de los medios y la supervisión poco estricta son mucho más extendidos que lo que uno se imagina. Los hallazgos del estudio casi parecen mentira: el adolescente medio dedica casi 12 horas por día al uso de los medios electrónicos. La cifra es aun más elevada para los adolescentes negros e hispanos—e incluye casi seis horas de televisión a diario. Por contraste, los adolescentes leen libros aproximadamente 25 minutos por día.

Uno de mis antecesores, Richard Riley, dijo una vez que las “ocho palabras mágicas [de los niños] que pueden resolver casi todos nuestros problemas de la educación son: ‘Apaga la tele—que estoy tratando de leer’”. Como ya saben, no se escuchan esas palabras mágicas a menudo, y la época cuando las familias compartían las comidas y las lecciones aprendidas en la mesa durante la cena está desapareciendo a un ritmo acelerado también. Dos de cada tres jóvenes dicen que suelen cenar con el televisor prendido durante la cena.

Esta sobresaturación de medios electrónicos viene a la par, paso por paso, de la crianza excesivamente permisiva. Sólo el 33 por ciento de los padres encuestados en el estudio de Kaiser informó haber fijado reglas relativas al tiempo que pueden ver la tele sus hijos, jugar con los videojuegos, y usar su computadora.

Los niños pueden rebelarse naturalmente contra los límites impuestos por los padres, ya si trate de eliminar los dulces de la cena o insistir en que terminen la tarea escolar antes de jugar con los videojuegos. Pero el hecho es, y siempre ha sido, que les corresponde a los padres criar a sus hijos—darles el rumbo con amor y fijar límites razonables. Es excesivo el número de adultos que no asumen ese papel.

Bueno, las posibilidades de los nuevos medios [electrónicos] siguen siendo reales y potencialmente transformativas. Los niños pueden jugar con juegos educativos, tomar cursos por Internet, investigar en línea, y ver programación educativa por televisión. Pueden hacer conexiones por Internet o por medio de grupos de chat para explorar intereses y otras culturas. Pueden aprender a socializarse, comunicarse, y escribir mediante los sitios de redes sociales.

Pero cabe decir que las esperanzas de los defensores de los nuevos medios sólo se han concretado en forma parcial, y el uso excesivo de los medios electrónicos a menudo obstaculiza el aprendizaje de los estudiantes. Según el estudio de Kaiser, los estudiantes que usaban excesivamente los medios electrónicos tenían una mayor probabilidad de obtener malos resultados en la escuela, dedicar menos tiempo a la lectura, y meterse en más problemas.

Reconozco que no me crié en la vanguardia de la revolución tecnológica—muy al contrario. Me crié sin televisor en la casa. Mientras los demás compañeros

Mi visión para el compromiso de la familia es ambiciosa. Como señalé anteriormente, me gustaría tener el problema del Presidente Lee [de Corea del Sur]. Que fueran demasiados los padres de familia que exigieran la excelencia en sus escuelas. Que todos los padres fueran verdaderos aliados en la educación con los maestros de sus hijos, desde la cuna hasta su carrera. En esta alianza, los estudiantes y los padres deben sentirse conectados, y los maestros deben sentirse apoyados.

sintonizaban los Chicago Bulls, nosotros leíamos libros. A mis amigos les parecía una locura que no tuviéramos un televisor.

Hoy, el 75 por ciento de los estudiantes de *high school* y *junior high school* no sólo cuentan con televisor en su cuarto, sino también con un perfil en un sitio web de red social. Seré un dinosaurio de la cultura popular pero no soy ingenuo. Nunca vamos a poder volver a meter al genio electrónico en la botella. Ni tampoco debemos intentarlo.

Y sin embargo los padres pueden ser más efectivos para poner límites a sus hijos en el uso de los medios electrónicos y tomar medidas para que éstos se usen de manera más creativa en beneficio del aprendizaje de sus hijos. Existen extraordinarios ejemplos del uso de la tecnología para interesar a los niños más en su propio aprendizaje.

Afortunadamente, cada vez más padres llegan a la conclusión de que la sobresaturación y la adicción a los medios son problemas reales para sus hijos. Esto no es simplemente un mal moderno que afecta a otras familias. Ya es hora de que todos nos miremos en el espejo, no por la ventana. Y eso incluye totalmente el Departamento de Educación.

Durante 45 años, desde la aprobación de la *Elementary and Secondary Education Act (ESEA)* o Ley de Educación Primaria y Secundaria, el gobierno federal ha obligado o alentado a los estados, los distritos escolares y las escuelas, sobre todo los que cuentan un alto número de estudiantes de bajo nivel de ingresos, a promover la participación activa de los padres en la enseñanza académica de sus hijos. La participación de los padres, por ejemplo, ha sido la piedra angular de *Head Start*, el programa federal de educación infantil. Y sin embargo, los esfuerzos del Departamento para apoyar el compromiso de los padres han sido mediocres. Nos hemos interesado demasiado por la fiscalización del cumplimiento—y no lo suficiente por las mejoras en el aprendizaje de los estudiantes y el fortalecimiento del compromiso significativo de la familia.

El problema se debe en parte a las sucesivas políticas de participación de padres del último medio siglo. En determinados momentos, el Congreso y el Departamento han promovido las reuniones de consejos asesores de padres, el voluntarismo en las escuelas, los pactos entre escuelas y padres, y el apoyo para los hijos a aprender en su casa. No obstante, estas y otras políticas rara vez se han mostrado capaces de mejorar en lo más mínimo el desempeño académico de los estudiantes.

Está bien documentado—y es de puro sentido común—que la participación de los padres en la enseñanza de sus hijos fortalece el aprendizaje de los estudiantes y mejora tanto su comportamiento como su asistencia a las clases. Es sabido que los jóvenes con padres interesados en su educación tienen una menor probabilidad de desertar de la escuela.

Sin embargo, es sorprendente que exista muy poca investigación que muestra lo que funciona y lo que no funciona en los programas del compromiso de la familia para acelerar el aprendizaje de los estudiantes. Pero, por otro lado, existen muchos programas prometedores a lo largo y ancho del país. En Springdale, Arkansas, el National Council for Family Literacy o Consejo Nacional para la Enseñanza de la Lectoescritura de las Familias, financia un programa de alfabetización familiar,



Foto de Leslie B. Williams

principalmente para los padres latinos e inmigrantes en ocho escuelas. Los padres estudian por dos horas semanales en una clase junto con su hijo aprendiendo prácticas de alfabetización modelo para el uso cotidiano. Los puntajes en los exámenes de lectura tanto de los hijos como de sus padres han mejorado en forma significativa como consecuencia del programa.

En Chicago, el Comer School Development Program, o Programa de Desarrollo de la Escuela Comer, ha logrado mejorar los puntajes en los exámenes de lectura y matemática, usando la participación de los padres como principio fundamental. Otras ciudades como Nueva York y Boston, además de estados como Florida, proporcionan a los padres datos sobre la escuela de su hijo y la educación como nunca se había hecho anteriormente.

Nueva York realiza cada mes las Parent Academies, o Academias para los Padres, los sábados. Se prestan servicios de cuidado de niños, acceso fácil al transporte público de autobús o metro, servicios de traducción en diversas lenguas, incluido el criollo haitiano, el urdu, y el lenguaje de señas ASL. Con el beneficio de la transparencia en los datos, los padres en la Florida pueden determinar no sólo si los egresados del high school de su localidad matriculan en los estudios universitarios y se integran en el mercado laboral, sino también cómo se compara el desempeño de esos mismos egresados con el de otros high schools del estado.

Nuestro proyecto para renovar la *ESEA* apoya de múltiples maneras el compromiso de la familia con la educación. Mejora la información y la transparencia en las notas sobre el desempeño académico y el ambiente escolar para los padres. Dota a las familias de opciones adicionales de escuelas de alta calidad. Apoya programas que de hecho preguntan a las familias qué opinan de la escuela de su hijo y su experiencia educativa—dando a los padres una voz y una oportunidad efectiva para involucrarse.

[El nuevo proyecto de *ESEA*] aumenta el número de escuelas que sirven de centros comunitarios. Y aporta más de \$200 millones para los Promise Neighborhoods, o Vecindarios de Esperanza, los cuales contarán con excelentes escuelas en el centro y servicios sociales integrales, de cuna a carrera. Basándonos en la perspicaz recomendación de la PTA, o Asociación de Padres y Maestros, nuestra propuesta permite la inclusión del compromiso familiar como una de las formas de medir la eficacia en las evaluaciones de maestros y directores de escuela. Y definiría el desarrollo profesional de los maestros y los directores escolares de modo que se incluyera la colaboración con las familias.

Por último, invertimos aun más recursos en esta serie de actividades porque necesitamos hacer más y necesitamos hacerlo mejor. Así que hoy, basándonos en los comentarios que recibimos sobre este proyecto, proponemos duplicar el financiamiento para el compromiso de los padres—del 1 al 2 por ciento de los fondos concedidos conforme al Título I de la Ley, monto que equivale a \$270 millones.

Al mismo tiempo, a fin de promover la innovación, permitiremos a los estados usar otro 1 por ciento de los fondos del Título I—unos \$145 millones—para programas de subvención que apoyen, incentiven, y ayuden a ampliar a nivel de distrito escolar las prácticas de participación de padres cuya eficacia está comprobada con evidencias. Hay que estimular a los distritos a pensar a lo grande en el compromiso de la familia, proponer nuevas estrategias y adoptar concretamente las prácticas óptimas que elevan el rendimiento académico de los estudiantes.

Permitiremos a nuestros Parent Information and Resource Centers o Centros de Información y Recursos para los Padres postularse para estos fondos, junto con los distritos, las organizaciones con base en las comunidades y otras organizaciones sin fines de lucro. En tiempos de escasos recursos en los presupuestos, debemos justificar cada

dólar y garantizar que [cada dólar] beneficie a nuestros estudiantes.

La verdad es que todavía no tenemos todas las soluciones para que los estados, los distritos y las escuelas puedan apoyar efectivamente el compromiso de la familia. Pero me han llamado mucho la atención todos los casos de gran éxito de las delegadas al Congreso de Madres. No es sólo porque tantas de estas madres ejercen en el consejo escolar, se ofrecen constantemente como voluntarias en sus escuelas, y trabajan como Parent Information Coordinators o Coordinadores de Información para Padres.

Sentado atrás de mí está el futuro. En este escenario se encuentran madres que elaboraron programas de capacitación de maestros para trabajar con estudiantes con necesidades especiales. Tenemos a madres que crearon libros de texto para alumnos de kinder y elaboraron un detallado plan de estudios para el servicio en la comunidad. Tenemos a una dentista pediatra, que elaboró un programa para mejorar la capacidad de lectoescritura de los niños presentando modelos de varones fuertes que disfrutaban de la lectura. Tenemos a educadores de nutrición que ayudan a eliminar la comida basura de los almuerzos en las escuelas y las máquinas expendedoras. Tenemos a madres que dirigen programas de verano que dan educación en las artes y enriquecimiento académico.

Así que hoy, rindo tributo a todas las increíbles y fuertes mujeres presentes aquí, a la Sra. Mendoza en Texas, a mi propia madre quien, después de los 49 años, todavía dirige su programa extracurricular. Todas han mostrado, mediante su compromiso, su valor y su perspicacia que podemos multiplicar su poder por muchas veces. Podemos consolidar nuestra capacidad y nuestros conocimientos para ayudar a los padres a permitir que todo niño y toda niña aprenda y realice plenamente su potencial.

Muchas gracias por su visión, gracias por su arduo trabajo, gracias por el ejemplo que dieron para todos nosotros. Como nación, tenemos que abrir camino a una economía mejor mediante la educación. Y en forma colectiva, ustedes conducen a nuestro país a donde necesitamos ir.

Departamento de Educación de EE. UU.

Arne Duncan
Secretario

Mayo de 2010